Wolfgang Schwentker

Los samuráis

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Samurai*
Traducción de M.ª Carmen Arias Rodríguez

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Ueno Hikoma: *Retrato de un samurái* (ca. 1860-1870)
© Bridgeman / ACI
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Verlag C. H. Beck oHG, München, 2003
© de la traducción: M.ª Carmen Arias Rodríguez, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8773-5
Depósito legal: M. 4.844-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prólogo
11 Nota sobre transcripción y datación

13 1. La venganza de los 47 samuráis: enseñanzas de una leyenda

27 2. Origen de los samuráis
29 Guerreros del Japón antiguo
32 El estamento militar del Estado central antiguo
37 La abolición del servicio militar obligatorio
42 Federaciones de guerreros en el periodo Heian (794-1185)

51 3. Los samuráis en el poder
51 La guerra Genpei (1180-1185)
56 La jerarquía militar en el shogunato Kamakura
62 El Zen y los samuráis
64 El rechazo de las invasiones mongolas (1274-1281)

69 4. La guerra como régimen de vida
69 Los samuráis en el shogunato Muromachi (1333-1568)
74 Armas y armaduras samuráis
79 Los comienzos de la unificación del imperio por Oda Nobunaga
83 Las reformas de Toyotomi Hideyoshi

86 5. Vida cotidiana y ámbito doméstico del samurái
87 Familia, esposas e hijos
102 Vivienda, alimentación e indumentaria
107 Formas de morir

114 6. El estamento militar como elite administrativa (los samuráis en el periodo Edo 1600/1603-1867)
114 Los comienzos del shogunato Tokugawa
123 A la soberanía por el estatus
129 *Bushidō*: el código de honor samurái

134 7. El final del shogunato
134 Samuráis pobres, comerciantes ricos: la revolución social
140 La llegada de los «Barcos Negros» (1853)
143 Nacionalismo samurái: La oposición armada a la «apertura» de Japón

149 8. Los samuráis tras la Restauración Meiji de 1868
149 La caída de un estamento poderoso
157 Los levantamientos samuráis (1874-1877)
159 La vieja elite en la nueva sociedad

165 9. El legado de los samuráis
165 El «camino del guerrero» (*bushidō*) en el Japón moderno
169 Héroes de la pantalla. La película samurái como género cinematográfico
173 www.samurai.com. La economía como escenario de la guerra

177 Bibliografía
181 Glosario
184 Créditos de ilustraciones
185 Índice de topónimos y antropónimos

Prólogo

El presente libro describe el origen, el auge y el ocaso del estamento guerrero japonés. La obra narra la historia de los samuráis en el marco de los acontecimientos culturales, sociales y políticos acaecidos en Japón durante un periodo de más de mil años, trazando una línea que va desde los antiguos guerreros de los siglos V y VI hasta la supresión formal de la clase samurái tras la Restauración Meiji de 1868. Pero aún hoy, mucho después de la desaparición de los samuráis como casta poderosa, pervive la antigua ideología del *bushidō* («camino del guerrero») en los ámbitos político y económico del Japón moderno. Esta ideología reaparece en muchas interpretaciones mitológicas de la historia japonesa a la medida de los ideales samuráis, así como en ciertos intentos de ajustar el proceder humano a los viejos principios. Por esta razón, el lector no hallará en este libro una historia militar en sentido estricto: no son las armas, las armaduras ni los

métodos de combate de los guerreros los elementos que determinan el curso de la exposición y la ordenación de los capítulos, sino la función desempeñada por los samuráis en política y sociedad, economía y cultura, en cada época concreta.

Wolfgang Schwentker.
Osaka, noviembre de 2002.

Nota sobre transcripción y datación

Para la transcripción de conceptos y nombres propios japoneses se ha seguido el sistema Hepburn. Así, mientras los sonidos consonánticos coinciden de forma aproximada con los del inglés, las vocales se pronuncian como las italianas o alemanas. El signo de puntuación ¯, tal como aparece por ejemplo en la palabra *bushidō,* es indicador de vocal larga. Los términos técnicos japoneses aparecen en cursiva en el texto, y la definición de los más importantes puede encontrarse en el glosario. Siguiendo la costumbre tradicional de Asia oriental, en la transcripción de los antropónimos el apellido precede al nombre de pila.

La conversión del antiguo calendario lunar japonés al calendario occidental vigente en cada época resulta com-

plicada y debe argumentarse en cada caso particular, por lo que las fechas que figuran en los originales japoneses no son fáciles de traducir. La datación en Japón se rigió desde la antigüedad por determinadas normas gubernamentales que fueron variando de forma irregular y por distintas razones hasta la época moderna en que, coincidiendo con el cambio de gobierno del *tennō,* llegaron a estabilizarse. Pudo entonces establecerse que un año natural japonés se correspondía con dos años del cómputo cristiano. Por tanto, los datos cronológicos no son siempre precisos, pero se han adaptado al calendario occidental para mayor claridad y constituyen buenos puntos de referencia.

1. La venganza de los 47 samuráis: enseñanzas de una leyenda

Si desde la estación de metro Tokio tomamos la línea Yamanote para viajar hasta Shinagawa, alcanzamos tras un corto paseo el templo de Sengaku, situado al final de una calle lateral poco llamativa. El templo se edificó entre los años 1596 y 1615 por orden de Tokugawa Ieyasu, fundador del primer shogunato de la edad moderna, fuera de su fortaleza junto a la puerta de Sakuradamon, y fue reconstruido, tras un incendio que tuvo lugar en 1641, ya en su emplazamiento actual del barrio Takanawa. En aquella época el templo se contaba entre los más importantes centros de actividad de la comunidad religiosa Sōtō, perteneciente a la rama budista Zen. Pero no es ésta la razón de que aún hoy acudan muchos japoneses y turistas extranjeros a este lugar. Lo que atrae a los visitantes es una colina situada detrás del templo, sobre la que se encuentra una tumba envuelta casi por completo por el humo perfumado de innumerables varitas de in-

cienso: en este lugar están sepultados los restos mortales de los legendarios 47 samuráis, que vengaron la muerte de su señor Asano Naganori para restituir su honor y fueron por ello castigados con la muerte. Pero, ¿qué fue lo que sucedió exactamente?

El 21 de abril de 1701, y a causa de una ofensa pública, el señor (daimio) del territorio de Akō blandió su espada contra el maestro de ceremonias Kira Yoshinaka, uno de los más altos funcionarios del shogún, lo cual constituía un grave delito en la residencia shogunal de Edo (nombre que recibía el actual Tokio). A pesar de que el agredido resultó herido sólo levemente, Asano fue obligado a suicidarse ese mismo día sin que el caso llegase a investigarse a fondo. Se confiscaron sus propiedades en Akō y sus vasallos se vieron privados de su medio de vida. En calidad de samuráis sin señor a quien servir *(rōnin)* estuvieron vagando en apariencia desvalidos y sin rumbo pero, en realidad, con el secreto propósito de tomar represalias bajo el mando de Ōishi Kuranosuke Yoshio, criado principal *(karō)* y más íntimo confidente de Asano. Y así, una fría noche de diciembre del año 1702, los 47 leales asaltaron la residencia del odiado Kira en Edo, lo mataron y decapitaron, y llevaron su cabeza a la tumba de su señor junto al templo de Sengaku. La fama y las alabanzas que este suceso alcanzó traspasaron las puertas de la ciudad, pues el tratamiento incorrecto que el daimio había recibido a manos del shogún convirtió en legítimo este crimen a los ojos del pueblo aunque, desde luego, no fuese legal. Por este motivo, los vasallos fieles al daimio de Akō fueron condenados con el *harakiri* (en japonés más bien: *seppuku),*

es decir, con el suicidio ritual, dos meses después del crimen. Conscientes de este riesgo desde el principio, los 47 leales hicieron prevalecer el «espíritu» samurái sobre el derecho legal del shogún, y siguieron después a su señor a la tumba.

No hay niño en Japón que no conozca estos hechos. Ya a principios del siglo XIII, a pesar de todos los intentos de censura por parte del gobierno, la historia quedó fijada en piezas de teatro kabuki y de marionetas, en relatos históricos y de ficción o en grabados en madera, al tiempo que sufrió variaciones muy diversas. Quizá la mayor repercusión deba atribuirse a la obra *Chūshingura (El tesoro de los leales vasallos),* escrita originalmente para el teatro de marionetas y objeto de gran éxito en las representaciones que se sucedieron a partir del año 1749 en Edo, Kyoto y Osaka, tras su adaptación para el teatro kabuki. Hoy día es más frecuente encontrarla en películas, cómics *(manga)* y videojuegos, pero esto apenas modifica el «mensaje» que la leyenda transmite, a la manera propia de cada época, a las generaciones sucesivas: del comportamiento de aquellos 47 individuos se extraen valores tales como valentía, sangre fría y lealtad, pero también abnegación y capacidad de sacrificio frente a una persona o circunstancia determinadas, valores que en la actualidad siguen ocupando un lugar relevante en la sociedad japonesa. Es necesario aclarar que la especial fascinación que la historia aún hoy despierta no puede explicarse como mera consecuencia de un cierto catálogo de virtudes, sino que se debe, en gran medida, a elementos estructurales característicos del Japón que impregnan la sociedad industrial actual tanto como condicionaron

los inicios de la época moderna. Esto está relacionado con el conflicto al que se enfrenta el individuo cuando concibe el sistema político o social como el todo en que debe desenvolverse. La importancia de la acción colectiva y de la cohesión del grupo, presentes en la leyenda, equilibra los polos de este conflicto fundamental entre legalidad y legitimidad, entre las exigencias del sistema shogunal por un lado y el sentido del honor de los 47 samuráis por otro. Así, las causas del éxito de esta historia deben buscarse, no tanto en la fidelidad sin límites que los vasallos demostraron al encarar la muerte para salvar el honor de su señor, sino más bien, como ya declaró con gran acierto el historiador literario Katō Shūichi, en el hecho de que «expresa de forma muy concreta el sentimiento de solidaridad y de pertenencia al grupo, en resumen, la estructura que sirve de fundamento a la sociedad japonesa» (Katō 1990: 363).

La leyenda de los 47 *rōnin* desempeña un papel fundamental también desde el punto de vista histórico, pues marca un punto de inflexión en la evolución del estamento guerrero japonés del Estado Tokugawa. La venganza tuvo lugar en la era Genroku (1688-1704), considerada como una época de florecimiento cultural en la que los libros, las piezas teatrales y las artes plásticas, en particular los grabados en madera con representaciones del llamado «mundo flotante» *(ukiyo)* de las ciudades prósperas, encontraron un público amplio en la burguesía emergente, muy dada al esparcimiento en los lugares de recreo al terminar la jornada laboral de cada día. Pero no sólo los comerciantes y artesanos se dejaron fascinar por la vasta oferta cultural de las nuevas ciudades: tam-

bién los samuráis supieron muy pronto apreciar los encantos y veleidades de la animada vida burguesa, a pesar de que ya por entonces su situación económica no les permitía grandes excesos. Pero los precios altos y relativamente estables del arroz durante la era Genroku ocultaron el hecho de que los samuráis, ya en la segunda mitad del siglo XVII, no podían hacer frente a las deudas contraídas con los comerciantes ricos. Incluso las altas instancias gubernamentales se vieron en apuros: Tsunayoshi, quinto shogún de la dinastía Tokugawa apodado «shogún de los perros» en virtud de sus impopulares leyes de protección de estos animales, se vio obligado a hacer uso de tretas político-financieras para paliar las carencias económicas del gobierno. Así, en 1695 acuñó y puso en circulación monedas de oro y plata de escaso valor, consiguiendo tapar provisionalmente los agujeros de las cajas públicas. Gracias a esta operación, la era Genroku supuso un respiro económico para el shogunato y para los samuráis, pero tras ella la economía no pudo más que ir de mal en peor. La caída del precio del arroz en los primeros decenios del siglo XVIII, y la consecuente merma de las pensiones que los samuráis recibían en función de la producción de arroz de sus feudos y departamentos, aceleraron considerablemente el declive social de la clase guerrera. Muchos samuráis, incapaces ya de renunciar al lujo urbano, contrajeron deudas cada vez mayores. Este proceso no se desarrolló sólo en Edo, sino que se hizo extensivo a casi todas las provincias por igual. Medidas tales como la suspensión de los créditos por parte del Estado no aportaron más que un alivio pasajero y, a la postre, agudizaron los problemas económi-

cos de los samuráis, pues los comerciantes se mostraron cada vez menos dispuestos a prestar su dinero a miembros de una clase ya visiblemente arruinada y venida a menos. Así las cosas, el público de teatro kabuki del periodo Edo convirtió a los 47 samuráis en auténticos héroes de un mundo pasado, y en símbolo de antiguos y añorados valores tales como el sacrificio personal y el cumplimiento del deber.

La célebre historia nos conduce también, por otra parte, a una problemática de naturaleza etimológica toda vez que el término colectivo «samurái», tal como se usa comúnmente fuera de Japón, no designa al *samurái* en el sentido estricto de la palabra. De esta manera, y hasta el día de hoy, se ha venido empleando una misma denominación para un conjunto de figuras que son, en realidad, diversas: tal es el caso del shogún en calidad de representante del máximo poder político; de los daimios, sus vasallos de más alto rango y «jefes del gobierno» en las provincias; del *karō,* criado principal y delegado del daimio; y, finalmente, de los *rōnin,* guerreros sin señor a quien servir. Todas estas personalidades (y aun muchas otras) se designan en Japón preferentemente con la palabra *bushi,* y no fue hasta finales del periodo Edo que la palabra *samurái* comenzó a imponerse como denominación colectiva de la casta guerrera, razón por la cual se ha venido usando en Occidente (y por tanto también en este libro) en sentido abstracto y generalizador.

En origen, el término *samurái* no tenía un significado exclusivamente militar. Como forma nominal de *samurau,* o también *saburau* («servir» o «asistir»), nombraba en el Japón antiguo al «sirviente» en general. El cambio fo-

nético de *saburái* a *samurái* no tuvo lugar hasta el siglo XVI. En el periodo Heian (794-1185) y en el periodo Kamakura de la Alta Edad Media (1185-1333) sigue presente el samurái que prestaba servicio a la nobleza en la corte de Kyoto no sólo como soldado, guardián del orden o centinela, sino también como asistente en diversos rituales de la corte (desfiles, recepciones y cosas por el estilo), o como ayudante de la administración *(kanjin kizoku)* en asuntos financieros. Y la misma denominación recibía el soldado que, en las provincias, prestaba servicio en una determinada «familia guerrera» *(buke)*. Hubo que esperar hasta el shogunato Kamakura para que se desarrollara un rango específico de la jerarquía militar, al que se dio el nombre de *samurái* y que refería por regla general al acompañante armado de un soldado de caballería de rango más alto. En tiempos de guerra su tarea consistía en guardar el flanco a su señor. De esta manera, el carácter originario de sirviente ostentado por el *samurái* se mantuvo durante el proceso de profesionalización militar del periodo Kamakura, pero ya en estos años empezó a tomar cuerpo una ampliación de significado presente en el término *«samurái dokoro»,* creado en 1180 para designar a una nueva autoridad central encargada de asuntos relacionados con los vasallos en Kamakura, cuyos poderes se extendieron en el siglo XIII al control de la policía, de los gobernadores militares *(shugo)* y de los alcaides *(jitō)*. En el periodo Muromachi esta nueva autoridad fue, además, la encargada de la vigilancia militar de Kyoto, sede del *tennō,* y de las tierras shogunales. Poco después se impuso el uso de «samurái» como denominación de todos los miembros de la clase guerre-

ra, aunque la expresión *bushi* continuó siendo, al igual que hoy día, la preferida en Japón.

La desemejanza semántica de estos dos vocablos, todavía vigente en la Edad Media, puede también extraerse de toda una serie de documentos europeos, como por ejemplo el *Vocabulario da lingoa de Iapan* confeccionado en 1603 por misioneros portugueses. En esta obra se diferencia entre *bushi* («soldado») y *saburái* (*fidalgo*: «noble»; o también *bomem bourado:* «persona digna de honores»). Otros nombres citados para designar al soldado o al guerrero son *tsuwamono* («soldado» u «hombre de guerra»), *mononofu* («soldados») y *musha* («soldado armado»). Es importante resaltar este dato, pues en aquel tiempo «samurái» nombraba aún a personas que no guardaban relación alguna con tareas militares. El *Vocabulario* clasificaba al *saburái* como miembro de la nobleza y comparaba sus modales con los del *gentleman* inglés. Esta valoración hecha por los visitantes europeos desapareció casi por completo hasta bien entrado el siglo XIX, y así el legado inglés Sir Rutherford Alcock describió al samurái como el arrogante funcionario del shogún que se caracteriza sobre todo por beber demasiado *sake* y por poner a prueba el filo de su espada con perros y mendigos. Nitobe Inazō, con su primera obra publicada en lengua inglesa *Bushidō. The Soul of Japan* (1899)*, fue el primero en fijar por escrito una imagen positiva de los samuráis que perduraría en Occidente. A través de este libro, así como de los relatos e informes de comerciantes,

* Traducido al castellano como *Bushido: el código ético del samurái y el alma del Japón,* Madrid, Miraguano, 2005. *[N. del E.]*

diplomáticos y científicos extranjeros, el vocablo «samurái» llegó a Europa y se extendió de tal manera que ya desde los años treinta del siglo XX figuraba en casi todas las enciclopedias y compendios lexicográficos.

La expresión *bushi* suele entenderse comúnmente en Occidente como una derivación de la palabra *bushidō,* con lo cual el «camino del guerrero» es descrito en el sentido de una moral y un modo de vida específicos. Los diccionarios del ramo registran dos variantes de significado que dimanan, en un caso, de las labores del sujeto en cuestión y, en el otro, de su estatus. Así, *bushi* refiere a aquellos que dominan el «arte de la guerra» *(bugei),* y también a aquellos que ocupan un lugar central en organizaciones militares o en la sociedad, por encima del «populacho» *(shōjin)*. Pero estas connotaciones, militares en su mayoría, reflejan el contenido semántico original del vocablo y de las dos sílabas que lo componen sólo de forma incompleta. La primera sílaba *bu* (en chino: *wu)* del binomio sino-japonés *bushi* significa, según antiguos diccionarios chino-alemán, «militar, soldado» (en oposición a «civil»), y su combinación con *shi* (en chino *shih)* fue traducida en sentido peyorativo como «verdugo» (una restricción semántica que no concuerda en absoluto con el significado del término que adoptó el japonés antiguo). En contra de interpretaciones anteriores, según las cuales los *bushi* tendrían su origen en las revueltas de los señores de la guerra contra la nobleza cortesana, las investigaciones más recientes subrayan su función de guardianes del orden que ejercían un poder, por así decirlo, «benevolente». Por ello, y con razón, el «guerrero» *(bushi)* y el «sabio» *(bunjin)* suelen hoy equi-

pararse toda vez que conforman las dos columnas fundamentales del Japón antiguo: el Estado y la sociedad. Guerreros y sabios guardan, pues, una estrecha relación funcional de cooperación. El término *bushi* se menciona en este mismo sentido en obras japonesas de la antigüedad tales como el *Shoku Nihongi,* donde puede leerse en un apunte referido al año 721: «La casa real *(kokka)* otorga un especial reconocimiento al sabio y al guerrero» (Shimomura 1993: 10).

La segunda sílaba del binomio *(shi,* en chino *shih),* tal como aparece en los anales más antiguos redactados en lengua china, designa por sí sola lo que el vocablo entero: al caballero noble formado en el confucionismo que brinda protección y mantiene el orden, y ello conforme a su doble función de soldado y funcionario. Este «dualismo íntimo» que conforma el concepto *bushi* explica «por qué la clase guerrera pudo desempeñar un papel dominante en la sociedad japonesa de la edad moderna» (W. Naumann 1998: 142). Yamaga Sokō, el gran teórico confucionista del *bushidō* en el periodo Edo, expresó esta bipolaridad funcional del *bushi* con las palabras: «No es posible que los *bushi* simplemente poseyeran una serie de virtudes guerreras y civiles y no llegaran a manifestarlas y llevarlas a la práctica» (Tsunoda 1958, I: 399). Según este ideal, el samurái no era solamente un héroe guerrero, sino también un educador social que debía servir de ejemplo al resto de clases de la sociedad feudal, lo cual le servía para justificar su posición privilegiada como miembro de una clase no productiva. Los 47 *rōnin* leales a su señor actuaron dentro de este marco «pedagógico», a pesar de que su hazaña representaba un modelo

emocional contrario al ideal racionalista del guerrero en una sociedad pacificada.

Por último, la leyenda de los 47 samuráis plantea una pregunta que apunta al cotejo intercultural de dos sistemas feudales: ¿hubiese sido factible la venganza de los 47 *rōnin* en la Europa medieval? ¿Fueron los samuráis japoneses realmente los «caballeros del lejano Oriente», como afirmó Richard Storry, quizá con cierta ligereza, en el subtítulo de su vieja obra? Estos interrogantes no resultan fáciles de responder pues, en realidad, la discusión discurre en dos niveles diferenciados: el del sistema feudal y el de sus protagonistas, los samuráis y caballeros. El historiador Otto Hintze propone una definición según la cual puede hablarse de feudalismo siempre y cuando el momento histórico en cuestión incluya las tres condiciones siguientes: en el terreno militar, el desarrollo de una clase guerrera concreta, culta y unida al soberano por lazos de lealtad dentro de una relación basada en un contrato de particular a particular; en el terreno socioeconómico, el desarrollo de un sistema agrario feudal que garantice a la clase guerrera unos ingresos en forma de renta independiente de su trabajo; y en el ámbito político-administrativo, la descentralización y la cesión de ciertos derechos soberanos a los poderes locales. Según los trabajos del afamado medievalista japonés Asakawa Kan'ichi, Hintze y tras él el historiador norteamericano John W. Hall acertaron al concluir que existía un «paralelismo notable» entre el feudalismo europeo y el japonés. Las últimas investigaciones han confirmado en lo esencial esta comparabilidad fundamental de ambos sistemas y, sobre todo en los últimos años, han puesto de

relieve semejanzas y diferencias entre países y periodos determinados de manera convincente. Pero la cuestión de las fechas de inicio y final del feudalismo en Japón sigue siendo un asunto discutido. Los soldados del periodo Nara *(tsuwamono)* reunían los criterios apuntados por Hintze sólo en parte; se trataba en realidad de «guerreros a tiempo parcial» y, como clase específica, no ostentaban ningún poder sobre las masas de campesinos que formaban las tropas de infantería. Además, el estrecho vínculo personal, tal como aparece en la leyenda de los 47 samuráis y como fue recalcado por Asakawa en los años veinte, no constituyó un carácter típico del feudalismo japonés hasta la era Sengoku (1478-1573). En estos años de guerra civil permanente (que cabría mejor denominar como «guerra de guerreros») los cambios de gobierno, que se producían cuando no se recompensaba convenientemente a los soldados o no se les otorgaba el reconocimiento debido por los servicios prestados, fueron moneda corriente. En el shogunato Tokugawa sí se mantuvieron los caracteres constitutivos de un sistema feudal citados arriba, pero lo hicieron sometidos a una clara tendencia hacia el fortalecimiento del poder central. A la autoridad de este poder tuvieron que rendirse también los 47 samuráis al final de su aventura, a pesar de la nutrida controversia que surgió en la opinión pública de Edo sobre la legitimidad de su conducta y en torno a la justa proporción del castigo que se les impuso.

La perspectiva comparativa topa con sus propias fronteras de manera ostensible al tratar el tema de las inclinaciones mentales y religiosas de caballeros y guerreros en

los sistemas feudales. Como es natural los lazos de fidelidad, las hostilidades y los actos de venganza fueron también propios de la Europa medieval. En la Francia de mediados del siglo XI los *homines legii* adquirían su formación, dentro del círculo eclesiástico, de alguna autoridad a la que debían fidelidad a todo trance. En caso de conflictos de lealtad prevalecía el lazo personal sobre cualquier otro contrato, pero el sacrificio incondicional y las consecuencias mortales que éste pudiese acarrear tenían un límite marcado por la religión cristiana, según la cual el caballero no era dueño de su propia vida. De esta forma el suicidio, aun con fines de restablecimiento del honor, quedaba expresamente prohibido. A esta visión cristiana se oponía en Japón el budismo Zen, al que el samurái estaba estrechamente ligado, con sus características de fugacidad y vanidad de la existencia. Así, en Japón no existían limitaciones de signo ético o religioso que impidiesen salvaguardar la honra y el honor *(meiyo)* de la persona o del grupo de pertenencia, mediante el suicidio cuando no quedaba otra salida. El hecho de que la pena impuesta a los 47 *rōnin* se celebrase en forma de ritual *(seppuku)* y constituyese todo un acontecimiento social es, además, un claro indicio de la importancia de la solidaridad grupal que, en este caso extremo, implica la propia muerte voluntaria.

El relato de los 47 samuráis y las leyendas subsiguientes dan lugar, como ya hemos visto, a perspectivas muy diversas a las que una historia breve de la casta guerrera japonesa no puede hoy dejar de atender. En ningún momento encarnaron los samuráis (=*bushi)* una clase social homogénea con deberes militares y administrativos es-